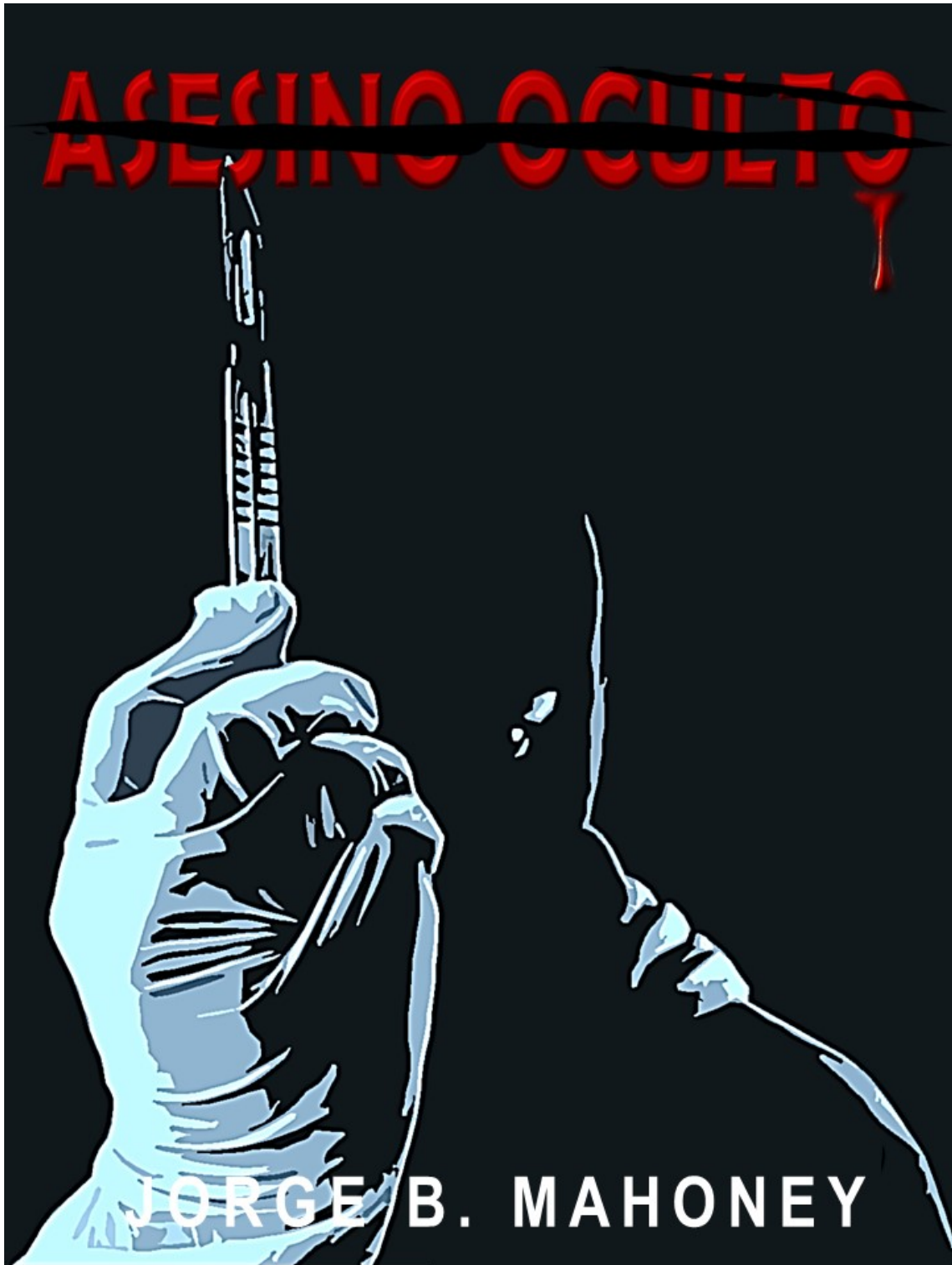


# ASESINO OCULTO

Jorge Bucaran Mahoney



# Capítulo 1

## ASESINO OCULTO

### PRÓLOGO

Evelina Wilson vio con horror el resplandor de aquel escalpelo y se dijo que era demasiado intenso como para ser verdad. Sin embargo, tanteó con desesperación en ambos lados de la cama en busca de cualquier cosa con qué defenderse de su agresor. Había demasiada oscuridad en su habitación como para apreciar el tamaño del atacante, y aunque podía apreciar el tímido brillo en sus ojos, le era difícil saber si se trataba de un hombre o una mujer. Un leve "Shhh" fue lo último que escuchó.

—¡MALDITOOO...! —despertó ahogándose en sus propios gritos mientras pisaba con desespero los botones del control remoto.

Era la cuarta vez que la misma pesadilla atormentaba a Evelina teniendo que despertar en mitad de la madrugada empapada de sudor. Eve, como le decían en confianza, acudió a la ayuda de un acreditado psiquiatra de la ciudad porque en sus recurrentes visiones decía ver a una persona visitándola por las noches con intenciones de asesinarla. De no ser por una vieja amiga de infancia, no se le hubiera ocurrido dar ese paso.

—Gracias por haberme facilitado el contacto, querida. Sabía que contaría contigo ¡Oye! ¿Qué tal si el mes entrante cojo un vuelo y así conozco a tus niños? Tengo tiempo que no me tomo unas vacaciones.

—¿Lo dices en serio, vendrás esta vez, Eve? —dudó Ana Brown al otro lado de la línea.

—Ya verás —aseguró Evelina—. ¡Hey! ¿Cocinarás de nuevo esos deliciosos bocadillos si voy?

—Tonta —rio—. No nos falles, amiga.

Tras haber colgado el teléfono, Evelina resaltó con círculo rojo una fecha para comienzos del otoño en su calendario. Esta vez no pensaba fallarle a su amiga.

## I

Esa mañana, Evelina salió del elevador y dejó atrás un par de puertas a través de un corredor precariamente iluminado, en el segundo piso del Centro de Rehabilitación Psíquica Stressless. Un poco más adelante divisó una luz defectuosa parpadeando.

«Maldición, justo lo que faltaba —pensó parándose en seco—, y con lo que odio los pasillos oscuros».

Evelina respiró profundo y continuó caminando hasta que advirtió una placa dorada al lado de una gruesa puerta de vidrio con un nombre que decía Eric Bonhoeffer, Médico Psiquiatra. Antes de tocar el timbre Eve se deshizo del papel con la dirección y el nombre que guardaba en su blazer cárdigan y lo tiró a un cenicero.

«Suerte mujer», susurró advirtiendo que el corredor contaba con una sola salida de emergencia hacia el extremo opuesto donde se encontraba el elevador.

De por sí, la escasa iluminación que había en ese segundo piso para nada animaba a que un paciente quisiera visitar el centro de rehabilitación, en el que sus altas paredes con puertas a cada lado parecían forzar a que el largo pasillo convergiera en el infinito. El descomunal edificio, ocupado casi en su totalidad por el centro de rehabilitación, era de construcción reciente. Sin embargo, la institución era bastante conocida desde hacía casi cuatro décadas, cuando su sede original se ubicaba al oeste de la ciudad.

—El doctor Bonhoeffer la atenderá en un momento. Por cierto, su amiga, la señora Brown, quien concertó la cita para usted, llamó hace algunos minutos para confirmar que vendría —explicó la secretaria—. Por lo que veo, es la primera en llegar, señora Wilson, así que no creo que vaya a esperar mucho.

—Está bien, no tengo problema en aguardar un poco —respondió Evelina.

La secretaria le indicó que si deseaba podía hojear alguna de las revistas que estaban sobre la mesita central de la sala y le preguntó si mientras tanto le gustaría tomarse un té caliente o bien algo frío, pero la Sra. Wilson hizo un guiño con la mano haciéndole ver que estaba bien. Antes de regresar a su escritorio, la asistente de Bonhoeffer vio a la paciente observando embelesada los curiosos motivos que colgaban en la sala de espera.

—¿Le gusta el arte mixto?

—¡Oh, perdón! Me temo que soy demasiado simple.

—Las pintó el doctor. Creo que son algo enfermizas, cada vez que me viene la menstruación trato de no fijarme en ellas.

Evelina Wilson arqueó las cejas volviéndose de nuevo hacia las pinturas de Bonhoeffer —los que con la primera ojeada ya había tenido una impresión incómoda— y fue a echarle un vistazo más de cerca a aquellos trazos perfectamente delineados al carboncillo, los que daban la impresión de acentuar mucho más la profundidad de los relieves de cada uno de los extraños motivos que colgaba de la pared. En ese momento la asistente se excusó.

—Bien, señora Wilson. Por favor póngase cómoda, tan pronto el doctor se desocupe le aviso.

Al cabo de varios minutos una tímida luz de color verde titiló varias veces en el teclado telefónico del escritorio. La secretaria hizo a Evelina un amable guiño con el dedo al tiempo que levantaba el auricular.

—Muy bien, doctor, ya le indico —respondió. La joven empleada tapó la bocina con la mano y sonrió a la paciente—. Puede pasar, señora Wilson, el doctor Bonhoeffer la está esperando.

—¡Magnífico, gracias!

Apenas traspasó el umbral de la puerta, la reacción de Evelina fue menos que discreta. Sin entender por qué extraño motivo, no pudo evitar sentir náuseas. El consultorio de Eric Bonhoeffer no solo era de una amplitud considerable, sino que estaba decorado, de igual modo que lo estaba la sala de espera, repleta con las mismas pinturas inexpresivas, unas más abominables que otras, que parecían reclamar sufrimiento y dolor, pero con bocetos suaves y trazos realizados con el realismo de un artista profesional. Evelina se dijo que a la vez había algo de familiar en todas aquellas curiosas formas que sobresalían con relieves.

«Increíble, ¿acaso pensó replicar el museo del Hermitage? diría que es lo más cercano a una galería de arte —exageró Evelina—. Tal vez fue eso lo que su secretaria quiso decir cuando mencionó aquello de "Arte Mixto"».

—¡Muy buenos días! —saludó el doctor Bonhoeffer en voz alta desde una sobria butaca ubicada casi en el centro de aquella soberbia habitación, interrumpiendo de paso el embelesamiento de la recién

llegada paciente—. ¿Señora Wilson, o prefiere que le diga Evelina?

—Como usted quiera llamarme, doctor, o tan solo Eve a secas. Ya me acostumbré a que mis amigas me digan así —sonrió con timidez.

—¡Perfecto! Si gusta puede decirme Eric, también a secas —destacó con una amplia sonrisa—. Pero pase por favor, pase adelante, no se sienta cohibida.

—Estaba mirando sus... —articuló Evelina desviando enseguida la conversación al ver un afiche del que parecía ser el clásico de Stanley Kubrick "La Naranja Mecánica—. ¿*Ein Uhrwerk-Orange*, es esa la...?

—¡Excelente, Evelina! Lo ha pronunciado muy bien. Por supuesto, es la versión alemana de la película "A Clockwork Orange". La vi en Berlín, apenas era un adolescente loco entonces.

—¿La ha visto, le gustó la película?

—¡Oh, no! Es solo que mi padre solía tener el mismo cartel. La versión en inglés, por supuesto.

Sin perder tiempo, el agudo psiquiatra la abordó con confianza. Bonhoeffer era de las personas que le gustaba romper el hielo cuando trataba con sus pacientes, pensaba que de ese modo conseguía establecer un patrón de intimidad lo antes posible.

—Evelina ¿sabía que su nombre tiene un origen griego?

—Pues la verdad yo...

—"Hiyya" —adelantó.

—¿Perdón?

—Quise decir que su nombre proviene de la voz griega "hiyya".

—¡Oh!

—¿Acaso sus padres...?

—¡No por favor!, nada que ver doctor. Supongo que tan solo tenían cierta preferencia por ese nombre, pero nada más. De hecho, había más de una Evelina en la familia.

—Ya veo. En todo caso, su significado es "fuente de vida" —dijo el psiquiatra, haciendo alarde de sus conocimientos. En tanto, Eric comenzó

a estudiarla de pies a cabeza.

—Bueno, tal vez no sea más que eso, doctor, tan solo un significado sin mayor importancia.

—Sí, tiene usted razón. Es solo algo que tiene que ver con la etimología. Aunque algunos nombres no son más que designaciones nacidas de la misma mitología, ¿lo sabía?

El psiquiatra aguardó en silencio unos instantes, como evaluando si la señora Wilson tendría algo que agregar a su comentario, pero ante su silencio intuyó que la mujer prefería entrar de lleno en el tema.

—Bien. Pero por favor tome asiento, señora Wilson. Y disculpe mi torpeza al no haberle ofrecido que lo hiciera antes.

—No tiene importancia, doctor.

Eric estaba realmente impresionado de solo contemplar los pulposos labios de Evelina, los que poseían una carnosidad favorecida, además, por el encendido rojo carmesí que ostentaban. Había advertido lo natural de aquellas formas, la ausencia de rellenos estéticos, el perfilado y las comisuras correctamente elevadas de su boca. No solo su rostro, su cuerpo todo recordaba la perfección de una diosa griega. Y es que pese a sus casi cuarenta años, Evelina era una mujer sumamente atractiva, dotada de una sensualidad natural.

—En ese caso, tan solo póngase cómoda y cuénteme su historia.

—Gracias doctor Bonhoeffer. Pues mire, resulta que una gran amiga me recomendó con usted y me dijo que era muy bueno en lo que hace.

—Tal vez. Eso lo veremos, ¿no cree? —presumió Eric fingiendo una falsa modestia.

El tema esbozado en el cuadro que estaba sobre la pared, a espaldas del sillón del doctor Bonhoeffer, reclamó en especial la curiosidad de Evelina. Había algo extraño en ese dibujo, por no decir chocante, que absorbía su atención. Con disimulo paseó la vista por el resto de las pinturas del consultorio, advirtiendo que los demás diseños dibujados, sin excepción, trataban acerca de los mismos motivos.

—Tiene muy buen gusto, doctor. Aunque le confieso que más bien parece el consultorio de un cirujano plástico.

De forma involuntaria Eric levantó la cara y dirigió una mirada furtiva hacia Evelina, bajándola de nuevo. Creyó haber percibido un

extraño giro en aquellas palabras, una suerte de guiño que hasta le resultaban de mal gusto.

—¿Eh...? Si claro, se refiere usted a las pinturas. Pues, supongo que es una especie de hábito que arrastro de pequeño. Siempre me han gustado los enfoques artísticos que combinan diferentes medios y materiales para crear obras de arte únicas y expresivas.

La mujer sonrió, bajando a continuación la mirada con timidez. Notó que el escritorio no solo estaba impecablemente limpio y ordenado, sino que todo parecía estar colocado en el lugar correcto. Mostraba al menos una media docena de lápices, perfectamente afilados, depositados dentro de un estuche de cuero que hacía juego con el color caoba del escritorio, unas tijeras doradas de marca, así como un abrecartas luciendo un impresionante mango, confeccionado tal vez con parte del asta de algún ciervo, y extrañamente la efigie de la diosa griega Themis, una imagen femenina muy conocida que representa a la justicia, con los ojos vendados, portando una espada en la mano y una balanza en la otra.

«¡Vaya!, ¿me pregunto qué tiene que ver la diosa de la justicia con la medicina? —sopesó Evelina fijándose con cierta curiosidad en la efigie—. En ese caso el báculo del dios Asclepio, con la serpiente enrollada. En fin, quizá solo sea un apasionado de la probidad después de todo».

Por último detalló que los marcos de las pinturas estaban bien alineados, por lo que se adivinaba que tenía cierto gusto, sino obsesivo, por el orden y la simetría.

—Bien ¿lista para empezar?

—¡Oh sí, por supuesto, doctor Bonhoeffer, quiero decir, Eric! Es usted quien debe disculparme ahora. Siento haberme dispersado, doctor. Bueno, será mejor que comience de una vez.

—Pierda cuidado, señora Wilson.

## II

Evelina comenzó su relato explicándole al psiquiatra la peculiar situación por la que estaba atravesando. Si bien tan solo se trataban de pesadillas, las que quizá bien pudieran ser producto de sus temores atávicos o la manera como su mente procesaba los miedos acumulados a lo largo de su vida, lo cierto es que en ningún momento fue víctima de amenazas por teléfono, ni llegó a sufrir ataque alguno en la calle o en su casa. El retrato que esbozó Evelina Wilson al doctor acerca del supuesto asesino fue de lo más trivial, además de poco convincente. Tan solo consiguió describir su posible estatura y contextura física como únicos

rasgos importantes.

En el momento que la señora Wilson había comenzado a describir los detalles que aparecían en sus pesadillas, el facultativo extrajo un lápiz de su escritorio y, por extraño que parezca, con tan solo aquellos datos escuetos, empezó a realizar un rápido bosquejo del visitante nocturno. No es que fuera algo censurable ni mucho menos, pero ese pequeño detalle, de entrada dio que pensar a Evelina. Durante algún tiempo, en su ciudad natal y mientras culminaba una especialidad en antropología forense, Bonhoeffer había tomado clases de dibujo anatómico. Sus conocimientos acerca de las proporciones humanas le eran de mucha utilidad entonces.

—¿Recuerda alguna otra cosa, algo más que me quiera decir?

Sin alzar la vista en ningún momento, Bonhoeffer parecía escuchar con precisa concentración el resto de la historia de Evelina.

—¡Aguarde un momento!, olvidé decir que mi atacante traía puesto también un pasamontañas de color negro cubriéndole por entero la cabeza, sé que no llevaba lentes puesto que podía ver su rostro y recuerdo además que en su mano derecha le brillaba un bisturí. Ignoro si es hombre o mujer, supongo que eso complica más las cosas, ¿no es así?

—Aunque no lo crea, le puedo asegurar que los sueños y pesadillas revelan más de lo que usted se imagina. Pero no se detenga, Evelina. Por ejemplo ¿se visualiza teniendo algún tipo de intercambios con él? ¿Forcejean en algún momento? ¿Su atacante abusa de usted o llega a consumar el hecho finalmente?

—Bueno, la verdad es que siempre despierto cuando está a punto de hacerme daño. Aunque recuerdo que en mi última pesadilla, por un momento me vi atada en un sillón parecido a ese —observó Evelina sin señalar a ningún lado.

—¿Có...mo ha dicho...? —balbuceó Eric girándose de forma involuntaria hacia el lugar donde tenía un sillón rojo reclinable.

—Bueno, quiero decir, que no era una silla común y corriente, como esas de madera o de hierro que tiene uno en casa normalmente, sino tal vez como cualquier otro sillón acolchado, tal vez tapizado en cuero, algo así por el estilo.

—Ahora la entiendo —dijo el psiquiatra alzando la mirada con disimulo.

«¿Me pregunto por qué se habrá molestado en darse vuelta, precisamente para fijarse en ese viejo diván rojo que conserva tirado en un rincón a sus espaldas? —intentó figurarse Evelina—. Es como si algo



que hubiera dicho lo hubiese incomodado».

A pesar de haberle relatado que el sujeto que la visita en sueños lleva puesto un pasamontañas oscuro y que lo único que tiene a su favor es la estatura y su contextura, Eric continuó desarrollando el supuesto perfil del atacante, pero a medida que lo iba haciendo, trazo a trazo comenzó a sentirse asqueado por lo que estaba dibujando.

—No creo poder... —dijo Eric en voz baja, arrugando el papel con desdén y dejando caer el lápiz sobre el escritorio. Era la tercera vez que alternaba de posición en su sillón.

Evelina advirtió que algo venía molestando al doctor Bonhoeffer, desde que comenzaron a tener su conversación hasta el mismo momento en que este paró de dibujar. Si bien no podía afirmarlo con total seguridad, intuía que algo lo tenía bastante afectado y fue por ello que ante lo que le relataba, este se desconcentró en dos ocasiones. Se supone que algo así no tiene por qué ocurrirle a alguien como un psiquiatra, cuya único trabajo es escuchar lo que tienen que decir sus pacientes para deducir luego algunas conclusiones. De pronto Eric le confesó que no se sentía bien, por lo que intentó disculparse y le sugirió dejar la sesión para el día siguiente. Como si de manera maliciosa la hubiera asaltado un extraño presentimiento, la señora Wilson no pudo evitar fijarse de nuevo en las pinturas y tuvo la leve percepción de que había algo irritante o morboso en todas ellas, algo que no había advertido sino hasta aquel momento.

«A pesar de todo este orden, algo parece estar fuera de lugar aquí. Es como si ese algo no estuviera correcto —juzgó tratando de encontrar una pista, tal vez un detalle en los motivos dibujados—. Pero ¿qué puede ser...? No me lo figuro, aún».

Por un momento se preguntó por qué reclamaban tanto su atención todos aquellos cuadros que colgaban en el consultorio del doctor Bonhoeffer. De algún modo estaba segura de que no se trataba de la simple curiosidad. De pronto Evelina creyó haber captado algo sombrío en la mirada del doctor Eric. Gesto, por cierto, que no esperaba.

—Señora Wilson —dijo Eric al fin—. Discúlpeme, la verdad es que no me siento...

Evelina reaccionó incorporándose tan rápido como pudo en su asiento y se dispuso a levantarse.

—De ninguna manera tiene usted que disculparse, doctor Bonhoeffer. Lo entiendo perfectamente y le aseguro que no tengo problemas en que continuemos esta sesión otro día —se atrevió a decir—.

Pero ¿se siente usted bien? ¿Desea que avise a su secretaria?

—Sí, quiero decir no, no... No se moleste señora Wilson, todo estará bien. Le aseguro que estaré repuesto en un par de horas. Por favor, y no vea esto como una descortesía de mi parte. Mañana mismo podremos continuar con la sesión, incluso puede regresar a la hora que mejor le convenga, no tendrá que esperar, la verdad es que tengo mucho interés en su caso.

—Pues en ese caso, doctor Bonhoeffer, le aseguro que mañana vendré puntualmente —reforzó Evelina llenándose de valentía y levantándose del asiento.

El psiquiatra hizo lo mismo, la acompañó hasta la puerta y allí la despidió excusándose de nuevo. Evelina se dirigió hacia la salida y pidió a su secretaria que le apuntara cita para el día siguiente.

Horas más tarde...

«No me explico qué pudo haber contrariado tanto al doctor Bonhoeffer. ¿Qué retrato es ese el que pretende dibujar con unos datos que no sirven de nada? Hasta un niño de cinco años sabe lo que es un retrato hablado y cómo lo hacen. ¿Qué rayos es lo que está esbozando entonces en su cuaderno después de todo?». —se preguntaba Evelina en la tranquilidad de su hogar—. Me muero de curiosidad por saber de qué se trata todo esto.

En ese momento entró una llamada a su teléfono celular.

«Número privado. Pues ya era hora —observó—. Creo que tomaré esta llamada en mi habitación».

### **III**

A la mañana siguiente el doctor Bonhoeffer recibió a Evelina en la puerta de su consultorio. Una vez más le pidió disculpas diciéndole que se había sentido muy indisputado el día anterior y asegurándole que era la primera vez que le sucedía algo parecido. Ese día Evelina Wilson se presentó vestida más provocativa que nunca. Su bolso, de un rojo carmesí, combinaba con el resto de un atuendo que le permitía exhibir sus atributos más notables.

—No pensé que regresaría —dijo Eric, extrañado de que Evelina se hubiese presentado esa mañana—. La verdad es que por un momento creí...

—¿Y por qué no habría de venir? —se adelantó a decir Evelina con una sonrisa, insinuándose casi de manera coqueta. Algo que de paso

podía confundir al mismo Bonhoeffer, haciéndole creer lo que no era.

—Gracias por la confianza, señora Wilson. Le repito, en cuanto a lo de ayer, supongo que fue algo que comí temprano en la mañana antes de salir de casa y seguramente debió caerme mal. No siempre me ocurre, pero últimamente he venido teniendo unos leves trastornos de estómago.

Una pausa se produjo entre ellos de forma circunstancial.

«Necesito averiguar qué tanto es lo que dibuja el doctor Eric en su cuaderno cuando hablamos. En la cabeza no me cabe la infantil idea de que pueda estar elaborando el retrato hablado de un hombre que yo nunca he visto y menos si lleva una máscara ocultando su rostro».

De pronto Evelina advirtió que la pintura que había tras el sillón del doctor Eric ya no estaba, justo el motivo que a ella más le había reclamado la curiosidad. Ahora sí que tenía toda su atención.

«Esto sí que no me lo esperaba ¿Por qué motivo el doctor Bonhoeffer habrá retirado su pintura de la pared...? ¿Precisamente la de los labios cortados? —se preguntó—. ¡Un momento! ¿Dije... cortados?».

Sin más preámbulos Eric rompió aquel silencio momentáneo y le rogó que comenzara de nuevo, por el principio, y que le describiera al misterioso hombre de sus pesadillas, que le era imprescindible escuchar toda aquella historia de nuevo. Evelina sonrió con timidez y le dijo que no había ningún problema.

—Verá, doctor, cada noche que...

El psiquiatra la interrumpió un segundo para buscar papel y lápiz.

«Maldición, es como si lo hiciera adrede», especuló Evelina.

Pero un sutil cambio de señas la puso en alerta.

—Ahora sí, señora Wilson, cuando usted quiera.

«No aguanto más, ya no puedo continuar con esta farsa. No me cabe duda de que este doctor Bonhoeffer o como quiera que se llame, sospecha algo, está ocultando algo. O presume de ser demasiado astuto o bien por el contrario, prefiere ser demasiado explícito».

Sin disimular su nerviosismo, Evelina Wilson se acomodó en el asiento y colocó el bolso discretamente sobre las piernas, un poco más alejado de su ombligo. Al cabo de unos minutos comenzó a realizar la descripción del mismo retrato del día anterior. Haciendo un esfuerzo para recordar cualquier detalle olvidado, y mientras fingía estar hurgando en su

memoria, en busca del más mínimo pormenor acerca de unas pesadillas que nunca ha tenido, se puso a contemplar con cierta repulsión las imágenes de cada una de las pinturas que colgaban dentro del consultorio del doctor Bonhoeffer.

—¿Ocurre algo, Evelina? —sonrió con hipocresía.

Habiendo tomado desprevenida a la mujer con el inusitado hilo de aquella pregunta, esta titubeó un segundo.

—¡Oh no, doctor! Es solo que su pintura, la de los labios cercena... quiero decir, ya no está.

«¡Oh no! Maldición Pero ¿qué he hecho? Acabo de quedar expuesta ante él».

Esta vez Eric sonrió con una malicia demencial, al tiempo que comenzaba a extraer de la gaveta un bisturí que tenía guardado.

«La pobre idiota parece haber descubierto algo», observó Eric.

La mirada cínica del psiquiatra la puso en alerta de nuevo. Evelina ya no tenía dudas de que algo malo estaba a punto de suceder.

«¡Oh no! Bonhoeffer sospecha algo. ¡Se ha dado cuenta de que yo sospecho de él! ¡Entonces... es él, ya no me cabe la menor duda! Todas esas pinturas, las partes humanas mutiladas ¡Dios mío, es él! ¡Él es el carnicero, todas esas jovencitas inocentes!».

Eric hizo un movimiento en falso, hartado revelado para la policía, conocido de sobra por una mujer experimentada como Evelina Simmons —no Wilson—.

—¡Entonces ha sido usted quien asesinó a todas esas jóvenes inocentes! ¡Maldito enfermo! —clamó casi de dolor la agente Evelina, introduciendo con cuidado la mano derecha en su bolso—. ¿¡Cómo pudo tener los santos cojones de mutilar las partes de sus cuerpos y tomarse el tiempo para retocarlas luego con grafito!?

Eric Bonhoeffer dejó escapar varias carcajadas, creía sentirse seguro en su guarida perfecta.

—Dígame, doctor Bonhoeffer ¿Dónde las mantuviste atadas, acaso en aquel viejo diván rojo de la esquina? Comencé a sospechar algo el día que te dije aquello del sillón reclinable, pero te delataste tú solo. No esperabas que tu conciencia te traicionara, ¿no es así?

»Luego te perturbaste, viendo toda la asquerosidad esa que dibujas. ¿Acaso te veías a ti mismo? Tu conciencia te traicionó de nuevo porque sin poder evitarlo terminabas dibujándote a ti mismo y tu verdadero rostro lo completabas con las partes que has cercenado de tus víctimas. ¿Son o no esas mismas partes faltantes las de esas pobres chicas que tratabas en tus grotescas terapias? ¿Esas que dibujas en carboncillo en tus cuadros? ¡Maldito enfermo! Te espera una inyección letal, ¿sabías eso?

»Con razón le diste el día libre a tu secretaria, para que no se enterara de tus planes, siempre lo hacías, ¿cierto? ¿Qué pensabas, que yo era una pobre inocente más? ¿Qué jamás sabríamos quién eras y que nunca daríamos contigo? Estuviste muchos años asesinando inocentes por toda la ciudad, pero se te acabó tu maldita suerte, Eric Bonhoeffer.

La cara del doctor Bonhoeffer mudó de expresión. Enfurecido y luego de escuchar aquello se levantó de su silla con el bisturí en la mano.

—Ni por un segundo lo pienses, imbécil —le advirtió Evelina sacando rápidamente a relucir una poderosa pistola Ruger calibre 45. Seré una mujer, Eric Bonhoeffer, pero le aseguro que no soy ninguna principiante.

—No crea que me asusta con esa pistola de niños —dijo Eric, confiando en que Evelina solo llevaba un arma de juguete, como lo hacen muchas otras mujeres, en caso de ser acosadas por algún imbécil en la calle.

—¡Ya pueden entrar chicos! —avisó Evelina, quien tenía un micrófono miniatura disimulado en el cuello de la blusa.

Esta levantó ligeramente la solapa de su blusa enseñándole el pequeño dispositivo a Eric.

—¡Maldita mujerzuela! —gritó Bonhoeffer sintiéndose perdido.

Al momento de abalanzarse sobre la agente Simmons, tres terribles detonaciones se escucharon en el preciso momento que los hombres de la oficial derribaron la puerta. Tres sólidos proyectiles impactaron, casi a quemarropa, en el pecho de Eric Bonhoeffer, dejando un reguero de sangre sobre todo su escritorio.